

La valoración de su personalidad puede apreciarse en multitud de pequeños detalles. Uno puede servir como ejemplo. En la inauguración del curso del Colegio Universitario "Cardenal Gil de Albornoz", en octubre de 1972, el entonces obispo, Monseñor Rodríguez Díez, fue relegado al último lugar de la presidencia, fuera incluso de la mesa, ocupando una silla aislada; doce meses después, Guerra Campos ocupó el lugar de honor, inmediatamente al lado del rector de la Autónoma, Nieto Gallo, posición que, naturalmente, se le reservó también al curso siguiente.

Monseñor está imbuido de la difícil capacidad de cultivar con esmero las relaciones públicas. Lo mismo da el pistoletazo de salida a las fiestas de Moros y Cristianos en Valverde de Júcar que oye con profunda y ejemplar atención los farragosos discursos de los actos políticos o convive con los jóvenes acampados de Los Palancares. Sabe que, para permanecer en cándeleiro, hay que estar en todas partes. Y está.

Una mente privilegiada

Cuentan, los que le conocen, que Monseñor es un trabajador incansable. A las siete de la mañana ya está en pie, encerrado en su despacho, devorando textos de filosofía, teología, sociología, política. Nadie puede negar que está al día, en cuanto a conocimientos se refiere.

Pero, además, está dotado de una inteligencia prodigiosa y una memoria sorprendente, a lo que hay que unir una mente extraordinariamente entrenada para desmenuzar de modo esquemático y racional lo que quiere decir.

Cuando Monseñor habla enmudecen hasta las moscas. Es un orador nato, elemento extraño en un mundo en que cada vez escasean más los dominadores del verbo. Casi nunca lee, pero el volumen de sus conocimientos es tal y su mente posee una claridad tan prodigiosa que cuando habla es como si leyera; de tal modo los conceptos surgen de su boca con fluidez y se enlazan sistemáticamente. A la vez, posee una correctísima pronunciación; matiza las palabras, actúa cuando habla y ello proporciona un especial encanto a su discurso...

Y ello es así aun cuando sus oyentes no se enteren de nada. Como les pasó a los pobres estudiantes que acudieron —o los llevaron— a oírle hablar de Santo Tomás, acumulando en la disertación tal cantidad de ideas, la mayoría expresadas en latín, que hasta un profesor de Filosofía abandonó el salón, agotado. O como les ocurrió a los miembros de la flor y nata de la política local que se las prometían muy felices ante la anunciada

conferencia sobre "Iglesia y Marxismo" y que aún están buscando el exacto significado de la palabra "praxis".

Cuidando el Best-Seller

Se equivocaba de plano Miret Magdalena cuando, en "Triunfo", escribía, al analizar los distintos componentes de la Iglesia española: "Pero ahora, los más retrógrados han perdido sus puestos de influencia nacional, y quedan limitados a la acción a través de sus modestos boletines diocesanos." Esto era en enero de 1974; Miret Magdalena revelaba entonces una extraordinaria falta de confianza en la capacidad de Monseñor para, desde su modesto trampolín diocesano, conseguir el eco que, con abrumadora generosidad, le han prestado los grandes diarios nacionales; unos —"Arriba", "Nuevo Diario", "El Alcázar"—, por vía de simpatía e identificación; otros —el "Pueblo" de antes—, por lo espectacular de sus manifestaciones. En "ABC" raramente se le presta atención; "Informaciones" suele ser el más ponderado.

"Hay desaliento, desgana, no se sabe qué hacer por parte de algunos sacerdotes y esta situación es terreno abonado para la secularización", dicen los curas.

Todas las agencias informativas están suscritas al Boletín Oficial del Obispado de Cuenca que, además, se envía a congregaciones religiosas, centros de estudio, instituciones y particulares de España y del extranjero, habiendo aumentado notablemente su tirada desde que Guerra Campos se hizo cargo de la diócesis.

El Boletín ha sido el vehículo idóneo para que Monseñor esté siempre en cándeleiro. En sus páginas ha contado aspectos inéditos sobre la negociación concordatoria; ha decretado la prohibición de libros de texto de religión; anunció exámenes —finalmente no realizados— para sus sacerdotes; expuso con meridiana claridad su pensamiento político en el inesperado y difundido documento sobre la "Iglesia y Francisco Franco". Y acaba de exponer, con idéntica claridad, su propia versión de lo que significa el término "reconciliación".

A nivel doméstico, el Boletín ha servido para que los curas conquenses supieran, desde el primer momento, por dónde iban los tiros. Empezó Monseñor confirmando en sus cargos a todos los miembros de la Curia, cerrando así las esperanzas de quienes, pese a todo, esperaban alguna renovación. Sorprendió a la

clerecía recordando la obligatoriedad del traje talar, que podría ser sustituido por el clergyman, previo permiso del pastor, y rechazando rotundamente el traje de paisano (órdenes todas que no han sido obedecidas ni poco ni mucho, porque cada cual sigue vistiendo como le parece). Atajó las posibles dudas que algunos pudieran tener sobre la presencia de autoridades civiles en los templos, señalando que tal presencia es buena y conveniente. Y, en el terreno de lo suntuario, se mostró entusiasta colaborador de la idea de continuar las obras del monumento al Sagrado Corazón de Jesús, a la vez que puso sobre el tapete otro monumento, del que hasta entonces nadie había hablado, en honor del Obispo Laplana, muerto durante la guerra civil, e inaugurado con ocasión de la visita de don Blas Piñar.

Contestación, pero poca

Un porcentaje, imposible de determinar, de sacerdotes conquenses, esperaban, como agua de mayo, la llegada de

un nuevo Obispo que propiciara el desarrollo de una acción pastoral renovadora, dinámica y claramente social, como exige la delicada situación del rebaño conquense. Para tales miembros del clero diocesano, el agua llegó, pero en forma de ducha fría. Las impresiones pesimistas se confirmaron: Monseñor ha atendido a lo doctrinal, en línea de respeto absoluto a la jerarquía, al orden y al poder político. La situación se ha complicado con la desaparición de la vida pública del Vicario de Pastoral —el párroco de El Salvador— atraído por otros intereses. El Consejo presbiteral ha pedido reiteradamente al Obispo que nombre nuevo Vicario, pero el cargo sigue vacante desde hace un año y desatendida tan fundamental faceta de la Iglesia conquense.

En contra de su costumbre, el pacífico y sumiso clero provincial no ha permanecido callado. Durante bastante tiempo, muchos sacerdotes pretendieron, sin conseguirlo, celebrar una asamblea con el Obispo. Fracasado el intento, surgió un grupo contestario, cuya actividad alcanzó especial énfasis durante el verano pasado; de forma nómada recorrieron distintos puntos de nuestro territorio, en busca de una identidad de acción. Se ela-